

Introducción

México 2006-2012: retos y riesgos*

Jan Rus y Miguel Tinker Salas

EN MÉXICO, los debates políticos se han volcado en las próximas elecciones, programadas para el 2 de julio de 2006. En esto, el país no está solo; el 2006 es un año de elecciones en Latinoamérica, con contiendas presidenciales a realizarse en Costa Rica, Perú, Colombia, Brasil, Ecuador y Venezuela. En diciembre de 2005 los bolivianos eligieron como presidente al líder indígena Evo Morales, del partido Movimiento al Socialismo (MAS). Luego en enero de 2006, los chilenos eligieron a Michelle Bachelet, del Partido Socialista, exilada con su familia durante la dictadura de Pinochet y en febrero se realizaron elecciones en Haití que parecen darle la victoria a Réne Préval del partido Lavalas. A lo largo de Sudamérica, el apoyo de movimientos populares y grupos indígenas, así como el descontento general, ha producido la elección de líderes reformadores, neopopulistas e incluso radicales. Aunque no estén unidos por una ideología común, los líderes de Venezuela, Argentina, Uruguay y Brasil han tendido a promover la integración regional, se han opuesto a la acción unilateral de los Estados Unidos y han adoptado políticas que tienden a favorecer a los sectores socioeconómicos más bajos de la sociedad.

En un principio, México parecía encaminarse a una dirección similar en el 2000, cuando el Partido Revolucionario Institucional (PRI) sufrió su primera derrota en una elección presidencial. El descontento público y la estrategia del *voto útil* (con el cual los opositores del PRI, incluyendo varios destacados izquierdistas, apoyaron al candidato del conservador Partido Acción Nacional (PAN), Vicente Fox) se combinaron en julio de ese año, dando lugar a la primera elección de un gobierno no priísta en 70 años. Fox se aprovechó de la ola de descontento popular en México y, durante su campaña, hizo uso de una retórica pseudopopulista que abandonó rápidamente una vez en el poder. De hecho, junto con Álvaro Uribe en Colombia y Tony Saca en El Salvador, Fox ha sido uno de los mayores aliados de los Esta-

*Traducción por Mariana Ortega Breña.

dos Unidos en Latinoamérica. Con excepción de la guerra en Iraq, en cuyo caso el grueso de la población mexicana estaba en contra de la invasión estadounidense, Fox ha apoyado fielmente las iniciativas estadounidenses en términos de comercio, seguridad y relaciones internacionales, contribuyendo al progresivo aislamiento de México en relación con el resto de Latinoamérica. Recientemente abogó por el Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), una iniciativa estadounidense, en la Cumbre de las Américas llevada a cabo en Argentina en noviembre de 2005, llegando incluso a sugerir que el acuerdo podría llevarse a cabo aún sin el apoyo de Argentina, Brasil y Venezuela.

Como apunta en su ensayo Adolfo Gilly, a pesar de los esfuerzos de la actual generación de líderes políticos por presentar a México como un socio de los Estados Unidos y dejar su rol como país latinoamericano en segundo plano, los registros históricos muestran algo muy distinto. Los lazos entre México y Latinoamérica se encuentran arraigados en experiencias coloniales afines. Como virreinato de la Nueva España, el país compartía un legado institucional y cultural con las repúblicas del sur. Y aunque los protagonistas hayan sido distintos, su guerra de Independencia siguió patrones similares a los de otros países de la región. Las contiendas políticas entre liberales y conservadores que caracterizaron los inicios del siglo XIX también tienen cuantiosos equivalentes en Latinoamérica. Finalmente, los conflictos entre México y los Estados Unidos en las décadas de 1830-1840 y la pérdida de la mitad de su territorio sirvieron como presagio de la política estadounidense hacia el resto de Latinoamérica a finales del siglo XIX y principios del XX, la cual se caracterizó por sus amenazas y violencia militares.

Más tarde, la Revolución mexicana de 1910 se convirtió en una especie de antorcha para reformadores a lo largo de Latinoamérica, y la Constitución de 1917 fue emulada por toda la región. A pesar de sus limitaciones intrínsecas, movimientos posrevolucionarios como el indigenismo, el muralismo y las diversas corrientes literarias inspiraron procesos similares en territorio latinoamericano. Durante la década de 1930, el gobierno populista de Lázaro Cárdenas sirvió de ejemplo a las fuerzas progresistas y nacionalistas en otros países e intimidó a la oligarquía tradicional. Mientras tanto, los intelectuales mexicanos desarrollaron fuertes vínculos con sus contrapartes latinoamericanos dentro de un discurso de solidaridad hemisférica. El país mismo sirvió de refugio para aquellos que buscaban cambios sociales o huían de la represión. Oleadas de refugiados políticos, comenzando con venezolanos en la década de los veinte y luego españoles en los treinta, guatemaltecos en los cincuenta y chilenos, argentinos y uruguayos en los setenta, fueron recibidas en México. Para las décadas de los cuarenta y cincuenta, la música y cine mexicanos, así como la orgullosa independencia del país, eran admirados a lo largo de Latinoamérica.

El final de la Segunda Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría produjeron cambios sutiles pero importantes en la imagen y realidad mexicanas, iniciando el distanciamiento del resto del Latinoamérica y la consolidación de las relaciones con los Estados Unidos. La excepción principal ha sido la negativa o incapacidad del gobierno mexicano de romper relaciones con la Cuba revolucionaria, pero esto habla más de la popularidad de los movimientos nacionalistas entre el pueblo mexicano que de algún tipo de simpatía oficial con el proceso cubano. De hecho, para la década de 1960 el gobierno mexicano utilizaba de manera cada vez más constante el apoyo a movimientos nacionalistas en el extranjero como una manera de apaciguar a la izquierda dentro del país. Un ejemplo de esto son sus políticas de apoyo a las luchas populares en Centroamérica durante los setenta y ochenta.

Si México sirvió alguna vez como modelo latinoamericano, su papel ha perdido relevancia regional en los últimos años. La administración de Fox, junto con sus predecesores desde la década de los ochenta, se ha concentrado en cultivar los lazos con los Estados Unidos, descuidando las relaciones con Latinoamérica. Como apunta en su ensayo Carlos Montemayor, a pesar de declaraciones que alegan lo contrario, los presidentes mexicanos han estado asentando las bases para la implementación del presente modelo económico neoliberal desde la administración de José López Portillo (1976-1982). Esto no sólo ha implicado la reestructuración de la política y la economía, sino también intentos por alterar la memoria histórica nacional. Empeñada en conseguir un tratado de libre comercio con los Estados Unidos, la administración del presidente Carlos Salinas de Gortari (1988-1994) comisionó la reescritura de los libros de texto mexicanos, transformando la imagen dictatorial de Porfirio Díaz (1876-1911) en la de un experimentado dirigente que puso a México en el camino a la modernización al atraer y administrar la inversión extranjera, principalmente la estadounidense. En el proceso, las amargas relaciones con los Estados Unidos también fueron reescritas; la guerra de 1846-1848 se redujo a un infortunado incidente y se redujo la importancia de la Revolución mexicana, así como la del movimiento social y las expectativas surgidos a raíz de ésta. Con la participación activa de académicos e intelectuales famosos, la élite en el poder intentó sanear la memoria histórica y socavar los principios básicos del nacionalismo mexicano, tratando de eliminarlos del discurso político y, lo que es aún más importante, del imaginario popular, en donde servían para inspirar movimientos sociales. El encargado de implementar este proceso en la Secretaría de Educación Pública fue Ernesto Zedillo, elegido posteriormente por Salinas como su sucesor presidencial (1994-2000).

Lejos de romper con estas tendencias, la administración de Fox ha continuado el proceso, incrementando el aislamiento del país del resto de Latino-

américa. Al principio del sexenio foxista, el secretario de Relaciones Exteriores, Jorge Castañeda, quien fuera un crítico izquierdista del PRI, buscó distanciar al país de Cuba y fortalecer sus lazos con los Estados Unidos. La ruptura pública con Fidel Castro en vísperas de la Cumbre de la Pobreza en Monterrey en 2002 dejó claras las intenciones del gobierno. Esta política se ha mantenido con el secretario más reciente, Luís Ernesto Derbez, quien, con apoyo estadounidense, se lanzó como candidato al puesto de secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA). Su rival, y el eventual ganador, era el candidato de un grupo de naciones sudamericanas cuyas políticas buscan un proceso más independiente. Los ataques recientes al presidente argentino, Néstor Kirchner, después de la Cumbre de las Américas y la subsiguiente ruptura con Venezuela y su presidente Hugo Chávez reflejan la continuidad de esta política.

Castigado por las cambiantes condiciones económicas y la creciente importancia de China como centro manufacturero, Fox ha convertido la firma de un acuerdo formal de trabajador huésped en uno de los componentes centrales de su política con los Estados Unidos. Este acuerdo parece cada vez más difícil de obtener dada la xenofobia que caracteriza al discurso estadounidense en relación con México y los mexicanos en los Estados Unidos, así como la creciente obsesión con la seguridad fronteriza a partir de los eventos del 11 de septiembre de 2001. La disposición, incluso impaciencia de Fox por alcanzar un acuerdo con los Estados Unidos está lejos de ser una coincidencia. Refleja un esfuerzo por diferenciar a México del resto de Latinoamérica, enfatizando su posición geográfica como parte de Norteamérica, más allá de sus vínculos históricos con la parte sur del continente.

El neoliberalismo y la oposición popular

Los Estados Unidos, por supuesto, han jugado un papel importante en la reescritura del rol de México a nivel hemisférico. Después de pedir enormes préstamos que utilizaban como garantía las reservas petroleras en la década de los setenta con el objeto de estimular una economía floja y conseguir apoyo para el PRI, el gobierno mexicano se enfrentó a una profunda crisis en 1982 cuando cayeron los precios del petróleo y subieron los intereses. A cambio de fondos para aplazar el pago, los Estados Unidos e instituciones financieras internacionales forzaron al gobierno mexicano a implementar medidas de austeridad y políticas económicas neoliberales muy poco populares, convirtiendo al país en el modelo hemisférico de reajuste estructural. A pesar del temor de que en muchos países estas políticas llegaran a producir movimientos de oposición e inestabilidad política, se supuso que en México el monopolio político del PRI habría de proteger al partido de la presión popular, permitiendo que sus éli-

tes políticas y económicas mostraran la “disciplina” necesaria para imponer las reformas neoliberales.

A lo largo de la década de los ochenta, los gobiernos de Miguel de la Madrid (1982-1988) y el que fuera su secretario de Programación y Presupuesto, Carlos Salinas de Gortari, fueron retirando los apoyos a la agricultura y a los sectores más pobres tanto urbano como rural (Ochoa y Wilson, 2001), limitaron el crecimiento del gasto social a niveles menores a los de la alta inflación del periodo, y privatizaron empresas antes controladas por el gobierno. Para 1992, cuando se concluyeron las negociaciones del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN),¹ la economía mexicana había sido reconfigurada para adaptarse al modelo neoliberal de “libre mercado” predicado por los Estados Unidos (si bien este país nunca lo ha seguido al pie de letra): contaba con un sistema de libre comercio que daba entrada a la importación libre de granos y otros productos agrícolas; la inversión extranjera carecía de restricciones y contaba con la repatriación de las ganancias; y se dio fin a la reforma agraria y se instituyeron medidas que permitieran la privatización de tierras comunes e instituciones financieras, así como la progresiva deposición de industrias y servicios del dominio público. A cambio, México esperaba recibir inversiones masivas por parte de los Estados Unidos y Canadá, las cuales habrían de fomentar el proceso de industrialización necesario para absorber la creciente fuerza laboral nacional (para 1990, casi la mitad de la población mexicana tenía menos de 19 años [INEGI, 2000]).

Pero finalmente hubo una reacción en contra. Durante el periodo de mayores recortes en el gasto público el gobierno respondió muy lentamente al devastador temblor que sacudió a la ciudad de México en 1985. Esto dio lugar a un movimiento de ayuda civil y, posteriormente, a la organización de grupos opuestos al PRI. Mientras tanto, los recortes en el presupuesto agrícola, que sostenía la economía rural y a sus millones de familias, aumentaron el desasosiego en el campo. La invasión de tierras y las huelgas de trabajadores campesinos se incrementaron a lo largo de los ochenta. Para principios de los noventa se les habían unido los grandes terratenientes orillados a la bancarrota por el retiro de subsidios gubernamentales y agencias comerciales, el incremento en los precios de la gasolina y los fertilizantes, y el enorme costo del crédito. Finalmente, una buena parte del sector manufacturero se vio afectado cuando se redujeron las tarifas de importación en preparación para el TLCAN, ocasionando que los productos mexicanos, de dulces a agujetas, perdieran su mercado ante las importaciones canadienses y estadounidenses.² Los trabajadores, enfureci-

¹Aunque el TLCAN se negoció principalmente durante el gobierno de George Bush, el acuerdo final fue firmado por Bill Clinton el 8 de diciembre de 1993.

²En noviembre de 1986 México se unió al Acuerdo General sobre Aranceles Aduaneros y Comercio (conocido como GATT por sus siglas en inglés), el predecesor de la OMC. En mayo de 1994 se convirtió en

dos por la pérdida de sus trabajos, la complicidad entre sus sindicatos priístas y el gobierno, y los esfuerzos gubernamentales por mantener bajos los salarios, incrementaron el número de huelgas no autorizadas y se opusieron al PRI en las encuestas.

Por su parte, muchos productores y profesionales afectados por la liberalización comercial comenzaron a oponerse al PRI. Algunos miembros de las clases media y alta se unieron a protestas como el movimiento de deudores El Barzón, mientras que otros optaron por la oposición electoral, repartiendo sus lealtades entre el PAN y las facciones antineoliberales del PRI que se habían unido a partidos de izquierda anteriores para formar el Partido de la Revolución Democrática (PRD) después de las elecciones de 1988.

Después de dos años de afirmaciones triunfalistas por parte de la administración salinista, que mantenía que con el TLCAN “México se unía al primer mundo”, la inconformidad popular se materializó en el levantamiento de los indígenas campesinos del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) en Chiapas, ocurrido el 10. de enero de 1994, el día en que el TLCAN entró en efecto. El argumento de los zapatistas de que, al llevar a cabo la reforma “unilateral” de los sistemas político y económico mexicanos, los tecnócratas del PRI no sólo no los habían consultado, ni siquiera los habían tomado en cuenta hizo eco entre decenas de millones de mexicanos de todas las clases y regiones. Aparte de expresar su apoyo a los zapatistas en calles y plazas del país, estos millones sirvieron de trasfondo para las difíciles elecciones presidenciales de 1994. El candidato del PRI, Luis Donald Colosio, había comenzado su campaña antes del levantamiento y parecía confuso ante el mensaje de los zapatistas y su popularidad. Para febrero había rumores de que pensaba moderar el compromiso neoliberal como una forma de reconciliar al partido con los sectores pobres y las clases trabajadoras. Pero en marzo, fue asesinado y el país se vio envuelto en una ola de violencia política que sacudió al sistema.

Eventualmente, Salinas escogió al tecnócrata Ernesto Zedillo, un graduado de Yale, para reemplazar a Colosio. Zedillo ganó la elección de julio y comenzó su mandato dejando que el peso flotara con relación al dólar para liberarlo del alto nivel al que lo había mantenido artificialmente la administración salinista. Salinas había estado haciendo una campaña abierta para convertirse en el primer presidente de la Organización Mundial de Comercio (OMC) y había insistido a todo costo en la estabilidad de la moneda. En lo que vino a conocerse como el tequilazo, de un día para otro el peso perdió la mitad de su valor; la bolsa mexicana de valores se vino abajo y la inversión extranjera abandonó el

el primer país en vías de desarrollo en ser invitado a formar parte de la Organización de Cooperación y de Desarrollo Económico (OCDE).

país. Como en 1982, México cayó en una crisis económica y nuevamente fue el Departamento de Tesoro estadounidense el que proveyó un rescate económico cuyos principales beneficiarios fueron los bancos y especuladores estadounidenses. Los Estados Unidos, quienes habían insistido en la privatización de Petróleos Mexicanos (Pemex), exigieron que todos los pagos extranjeros a Pemex pasasen por la Reserva Federal en Nueva York para garantizar el pago de la deuda, convirtiendo a unos de los símbolos claves del nacionalismo mexicano prácticamente en su rehén.

En lugar del periodo de prosperidad y consolidación del proyecto neoliberal que se había prometido a finales de 1993, el sexenio de 1994-2000 se convirtió en una nueva etapa de austeridad y represión. Una vez más, el peso de los errores del PRI y la élite económica cayó en hombros de las clases media y trabajadora, así como de los pobres del campo. Como lo hicieron en los ochenta, el gobierno y sus sindicatos colaboraron para restringir el incremento salarial, ofreciendo mano de obra barata mexicana con la esperanza de atraer la inversión extranjera (véanse Delgado Wise; y Arregui y Roman en este número). Al mismo tiempo, el gobierno permitió que los recién privatizados bancos incrementaran los intereses sobre tarjetas de crédito e hipotecas de manera unilateral, llegando hasta un 140 por ciento anual –una tasa que las clases media y trabajadora eran incapaces de pagar mientras que sus salarios se mantuvieran bajos. Este incremento también afectó a aquellos negocios mexicanos que se vieron forzados a competir con inversionistas extranjeros y productos importados.³ Después de varios años de dificultades, el gobierno invirtió miles de millones de dólares para rescatar no a los trabajadores y negocios nacionales, sino a los bancos.

Mientras tanto, el régimen de Zedillo mantuvo la política que había caracterizada a sus dos predecesores, cediendo algo de control en elecciones estatales y locales y reconociendo victorias del PAN y PRD en algunas gubernaturas y alcaldías importantes. Sin embargo, temiendo el ejemplo de una revuelta popular exitosa, el gobierno rehusó un pacto negociado con el EZLN; mantuvo una fuerte presencia militar en Chiapas y se dedicó a entrenar fuerzas paramilitares, ahí y en otras entidades, para ejercer represión directa (Rus, Hernández y Mattiace, 2003). Esto llevó a las masacres de campesinos desarmados en Aguas Blancas, Guerrero y Acteal, Chiapas (véase Hernández Castillo en este número) –la primera grabada y mostrada repetidamente en cadenas nacionales.

Aunque la economía se recuperó lentamente del llamado “error de diciembre” de 1994, ésta y otras decisiones distanciaron a los votantes cada vez más del PRI. Lo que es más, el sexenio de Zedillo se vio plagado por historias de usura,

³Para más información sobre los efectos del costo del crédito en el campo, véase Williams (2001). Para una visión general de los efectos de la crisis económica, las medidas de austeridad y las reformas neoliberales durante la década de 1990, véase Ochoa y Wilson (2001).

corrupción y violencia extrajudicial practicada por administraciones priístas anteriores (véase Aguayo Quezada y Treviño Rangel). Cuando llegó el momento de las elecciones del 2000 el PRI estaba claramente en problemas y Vicente Fox y el PAN, con una buena dosis de ayuda por parte de votantes de otros partidos, aprovecharon el descontento y lograron sacar al PRI de Los Pinos.

Fox no pudo

Desafortunadamente para México, la elección de Fox no resultó en ningún cambio fundamental en el sistema político o las estrategias nacionales. Los cambios que ha habido son en su mayoría superficiales; los pilares de las estructuras de poder tradicionales y las resultantes condiciones de desigualdad siguen intactos. Fox se ha visto frente a una serie de retos económicos que no ha querido o sabido enfrentar. Económicamente hablando, el proceso de industrialización que era necesario para México disminuyó de velocidad poco después de la llegada al poder de Fox, en parte por la recesión de 2001 en los Estados Unidos y, lo que es aún más grave, por el aumento de plantas de ensamblaje en Asia. De hecho, después de 2001 México perdió unos 400,000 puestos de ensamblaje, la mayor parte de los cuales fueron absorbidos por China.⁴ Las ganancias agrícolas se mantuvieron relativamente bajas durante los primeros años del periodo foxista y el turismo disminuyó después de los ataques del 11 de septiembre en los Estados Unidos. Los precios internacionales del petróleo, sin embargo, se han incrementado de forma dramática, lo cual beneficia a México. Este también es el caso de las remesas enviadas por emigrantes a los Estados Unidos.

Si Fox hubiera buscado iniciativas de ley independientes de manera activa o gozado de triunfos políticos, quizá podría haber compensado algunos de los problemas económicos. Una de sus principales promesas de campaña fue la de obtener un trato justo para los millones de trabajadores mexicanos en los Estados Unidos. En un encuentro con George Bush, que concluyó unos pocos días antes del 11 de septiembre de 2001, parecía que estaba a punto de tener éxito. Sin embargo, después de los eventos del 11 de septiembre Bush abandonó todas las discusiones migratorias con México y enmarcó el tema de la seguridad fronteriza dentro de su retórica antiterrorista, politizando los problemas fronterizos de manera irremediable e incluso convirtiéndolos en un asunto racial. De hecho, mientras se escribe este artículo el Congreso de los Estados Unidos parece estar aún más dispuesto a reprimir a los trabajadores mexicanos y erigir nuevos muros entre ambos países. El resultado es que incluso Fox se ha

⁴ El número de plazas en maquiladoras ha disminuido de aproximadamente 1.4 millones en 2000 a cerca de un millón a mediados de 2003 (GAO, 2003).

visto forzado a condenar las recientes iniciativas fronterizas impuestas por el Congreso estadounidense.

Por otro lado, Fox tiene problemas con su propio Congreso. Sin haber obtenido jamás la mayoría y desdeñando las estructuras organizacionales de su propio partido, el Presidente formó coaliciones con partidos rivales con el objeto de pasar iniciativas de ley, eventualmente optando por una estrategia de cooperación mayor con el PRI que con el PRD. Esto recuerda la coalición PRI-PAN llevada a cabo durante la administración salinista con el objeto de implementar políticas neoliberales. La asociación con el PRI, sin embargo, implicó el cese de la agresiva campaña gubernamental por investigar la corrupción de los anteriores regímenes priístas y su responsabilidad en eventos como la guerra sucia en los setenta y la represión extralegal antes y después de esa década (véase Aguayo Quezada y Treviño Rangel en este número). En lugar de aislar e investigar al PRI, las políticas de amoldamiento de Fox han permitido el renacimiento del partido. Para finalizar, muchos legisladores del PAN se han opuesto a Fox, especialmente en el Senado, donde poderosos líderes panistas con trayectoria histórica se aliaron al PRI para forzar la obediencia del Presidente.

Después de cinco años de gobierno foxista, los grandes problemas nacionales que llevaron al rechazo popular del PRI en 2000 siguen sin resolverse. Muchos se han agravado. Las áreas de salud, educación y servicios humanos básicos están en muy malas condiciones. La lucha en Chiapas, que inspiró movimientos sociales a lo largo de Latinoamérica, sigue pendiente (véase Hernández Castillo en este número). Los sindicatos, en su mayoría corruptos y controlados por el PRI, mantienen su poder y han ayudado a Fox a ejercer control sobre los trabajadores (véase Arregui y Roman). El TLCAN ha producido una significativa reestructuración de la economía mexicana (véase Delgado Wise) y destruido extensas áreas del campo mexicano; la falta de atención gubernamental y las importaciones baratas han forzado a muchas comunidades agrícolas a subsidiar su producción con las remesas de miembros que han emigrado a las ciudades o a los Estados Unidos en busca de trabajo (véase Barkin). Mientras tanto, el crecimiento continuo de la economía informal refleja la falta de actividad en la planta industrial mexicana, mientras que el desempleo urbano y el subempleo contribuyen al movimiento migratorio a los Estados Unidos (véanse Álvarez Béjar; Delgado Wise; Arregui y Roman). Los millones de trabajadores mexicanos indocumentados, quienes se espera envíen unos veinte miles de millones de dólares estadounidenses a México en 2006, proveen a sus familias con ayuda económica y alivian lo que sería una situación económica aún peor (véanse Delgado Wise; Ruiz; Olivera). Sin embargo, la violencia fronteriza ha incrementado (véanse Ruiz; Olivera). De hecho, la violencia social a lo largo y ancho del país, especialmente contra las mujeres, como apunta Olivera, ha alcanzado niveles

sin precedente. Más allá de la violencia cotidiana, los narcotraficantes han infiltrado los más altos niveles de las instituciones políticas y judiciales nacionales. Los carteles representan un desafío importante a la soberanía del Estado mexicano, y no parece que el gobierno tenga el poder necesario para contrarrestar su influencia.

El sistema político en general ha probado su incapacidad de responder ante este panorama. Y dadas las promesas rotas y la corrupción asociada a todos los partidos políticos mexicanos, la mayor parte de la población no tiene más que vagas esperanzas de que haya un cambio a partir del proceso electoral (véanse Álvarez Béjar; Gilly; Semo; Montemayor; Hernández Castillo). Como apunta Hernández Navarro, los medios de comunicación, los cuales están controlados por poderosos intereses, han intentado llenar este vacío y ahora buscan manejar la agenda política abiertamente. Mientras tanto, el Congreso se mantiene en un *impasse*, incapaz de llegar a cualquier tipo de consenso en asuntos de importancia. Esta incertidumbre política aparente contrasta con el tratamiento que se da a los intereses económicos poderosos: Fox, siguiendo los pasos del PRI, se ha encargado de suministrar generosos paquetes de ayuda a bancos y aseguradoras en bancarrota.

Los Estados Unidos han estado presentes a lo largo de más de 20 años de cambio, auxiliando el experimento neoliberal a la vez que le recuerdan al gobierno mexicano su posición de dependencia e insisten en más reformas de libre mercado. Recientemente, a la vez que ha rehusado un acuerdo migratorio que proveería un mínimo de justicia a millones de trabajadores mexicanos, los Estados Unidos han insistido, a través del TLCAN, que México no demore la apertura de sus mercados agrícolas, lo cual está forzando a miles de personas a dejar sus áreas rurales y dirigirse a los Estados Unidos. Lo que es más, México ha tenido que someterse a la certificación estadounidense en su lucha contra el narcotráfico, el cual genera violencia en México pero responde a la demanda estadounidense; ha tenido que aceptar la inspección, por parte del U.S. Department of Homeland Security, de pasajeros que salen a Estados Unidos por vía aérea, y ha tenido que unirse al pacto de seguridad norteamericana liderado por el ejército estadounidense. Para muchos mexicanos, uno de los mayores problemas en el futuro del país es aquel de la soberanía, la recuperación del control nacional que ha sido cedido gradualmente en los últimos años.

Los principales partidos mexicanos ya han seleccionado sus candidatos oficiales: Andrés Manuel López Obrador por el PRD, Roberto Madrazo por el PRI, y Felipe Calderón por el PAN. Cuauhtémoc Cardenas, uno de los fundadores del PRD y ex candidato presidencial ha indicado que no participará en la contienda, aunque sigue resentido por el tratamiento que se le dio y ha jurado construir un movimiento popular. Por su parte, el EZLN, a través de su *Sexta Declaración*

de la Selva Lacandona, ha criticado a todos los partidos y candidatos y llamado a la organización de la “otra campaña”, la cual busca construir una alternativa al proceso político tradicional y reanimar los movimientos sociales. Este es el contexto dentro del cual se llevarán a cabo las elecciones del 2006. Quien quiera que resulte elegido, los retos son muchos y los riesgos imponentes.

[10 de febrero de 2006]

Bibliografía

- GAO (General Accounting Office), 2003, *Mexico's Maquiladora Decline Affects U.S. Border Communities and Trade: Report to Congress, July 2003*, Washington, D.C., Government Printing Office.
- INEGI (Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática), 2000, *Censo general de población y vivienda*. Mexico City. <http://www.inegi.gob.mx/est/contenidos/espanol/rutinas/ept.asp?t=mpob00&c=5262> (página consultada el 20 de diciembre de 2005).
- OCHOA, Enrique C. y Tamar Diana Wilson (eds.), 2001, *Mexico in the 1990s: Economic Crisis, Social Polarization, and Class Struggle*, número especial, *Latin American Perspectives* 28, núm. 3-4.
- RUS, Jan, R. Aída Hernández Castillo y Shannan L. Mattiace (eds.), 2003, *Mayan Lives, Mayan Utopias: The Indigenous People of Chiapas and the Zapatista Rebellion*, Lanham, MD, Rowman and Littlefield.
- WILLIAMS, Heather L., 2001, *Social Movements and Economic Transition: Markets and Distributive Conflict in Mexico*, Cambridge, Cambridge University Press.

Retos
